



97  
6

**ALFONSO REYES**

INSTRUMENTOS PARA SU ESTUDIO

PQ7 297  
.R386  
Z85  
c.1

CONSSO REYES / **Amstrudio para sus estudios**



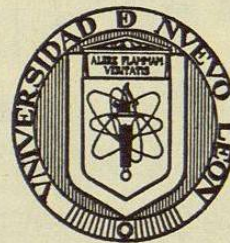
1080050142

# ALFONSO REYES

Instrumentos para su estudio

Compilación:

José Angel Rendón Hdz.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA CENTRAL

Monterrey, N. L., 1980



ALFONSO REYES

Instrumentos para su estudio

PQ 7297

R386

285



Biblioteca Central  
Magna Solidaridad  
F. UNIVERSITARIO

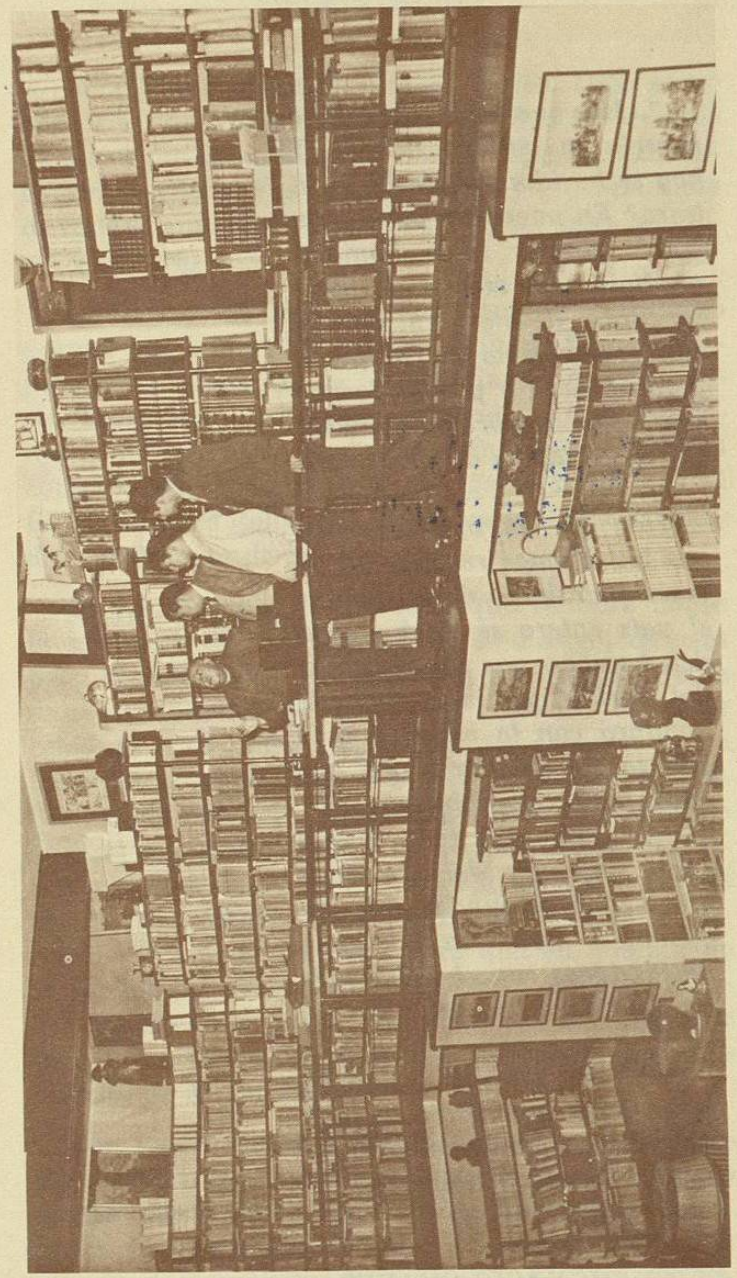


UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA CENTRAL

Monterrey, N. L. 1968



ACEREBUOTKA CENTRAL  
032238



*"...Más que un hombre culto parecía la cultura misma. Y hoy se ha ido: ¿quién lo sustituirá? En nuestro tiempo, ninguno, porque estos hombres prodigio sólo vienen de tarde en tarde, de siglo en siglo, y las épocas ya no son propicias para la larga y penosa formación de un hombre hasta encarnar la sabiduría de su tiempo.*

*Hoy que la muerte acaba con los últimos regateos de la incomprensión o de la envidia, el país entero se dará cuenta del hombre que ha perdido, del escritor que supo juntar la hondura con la claridad y la belleza con la gracia; del que atacó todos los problemas, porque le interesaba todo cuanto fuese humano; del mexicano que siendo profundamente nacional, se movió en el mundo de las ideas con el señorío de un hombre universal.*

*—Pueblo me soy —decía— como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Mi casa es la tierra..."*

IGNACIO CHAVEZ.

## PRESENTACION

Hace 20 años murió Alfonso Reyes. Dejó como herencia una voluminosa obra escrita; su ejemplo de mexicano como hombre y como diplomático; instituciones educativas de gran relieve y una biblioteca de 32,000 volúmenes, abrevadero de su gran sabiduría y cultura.

Monterrey, su lugar nativo, siempre se interesó porque tan importante acervo bibliográfico participara en la educación de los estudiantes nuevoleonenses. Generosas instituciones y personas regiomontanas contribuyeron moral y económicamente para la conservación de tan precioso legado, hasta que el Gobierno de la República lo tomó a su cargo, poniéndolo al servicio de México.

Se justifica que una ciudad que siempre honró la memoria de tan distinguido hijo suyo, deseara para sí esta biblioteca: Estatuas de Alfonso Reyes en varios rumbos de Monterrey; ediciones de libros relativos a su vida; ceremonias permanentes en la fecha de su nacimiento y muerte; bibliotecas y calles con su nombre; certámenes literarios acerca de su obra y la institución de un Festival Alfonsino durante el mes de su natalicio. Esta demostración de cariño para Alfonso Reyes, dió a Nuevo León el derecho y los merecimientos para que en nombre de la Nación, el Presidente José López Portillo, hombre inteligente y justo, decretara que los libros de la Capilla Alfonsina pasaran a la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Nos lastiman, por ingratas, que voces airadas reprocharan esta donación. Nuevo León que tanto ha contribuido al desarrollo del país, no merece ese trato. No hay que olvidar que la Ciudad de México es asiento de numerosas instituciones de carácter na-

cional a las cuales la provincia tiene difícil acceso. Nos ruboriza saber que estando en la Capital los medios para el estudio de Alfonso y de Bernardo Reyes, hayan sido extranjeros quienes escribieran lo mejor acerca de estos personajes. No dejan de tener razón los que objetan el traslado de éste acervo. Debíó haberse cedido a Nuevo León, no sólo los libros, sino la Capilla Alfonsina íntegra. Los nuevoleonenses creemos merecerlo.

La biblioteca de Alfonso Reyes, una de las colecciones particulares más importantes de México, fue integrada a través de muchos años de empeños y sacrificios económicos. Reyes fue un constante peregrino junto con sus libros, hasta que a la mitad de su vida, él y su biblioteca tuvieron morada definitiva en la Capilla Alfonsina, cuya primera piedra colocara el ilustre Manuel Toussaint. En esa maravillosa Capilla, taller y hogar a la vez, se dieron cita los hombres más importantes de la cultura mexicana y se escribieron las páginas más bellas de las letras nacionales.

La colección alberga instrumentos para el estudio completo de las humanidades. Su dueño, reconocido universalmente como gran humanista, dispuso la colocación de sus libros por temas inherentes a países y autores de su predilección. Libros de España, de Francia, de Italia, de América Latina, de Oriente.... Volúmenes de y sobre Mallarmé, Goethe, Lope de Vega, Darío, Sor Juana Inés de la Cruz, Shakespeare... y de México, todo lo relativo a su literatura: Sierra, Torri, Pellicer, Yañez, Paz, Fuentes y las ediciones del Fondo de Cultura Económica, las de El Colegio Nacional, las de El Colegio de México, instituciones que fundó. Todo está ahí. Las revistas más importantes del ámbito literario, también están presentes. Y desde luego, la obra completa de Alfonso Reyes y los libros que hablan de él.

Estas palabras del inolvidable Don Alfonso, dichas a Alicia su nieta, última custodio de la Capilla Alfonsina, reflejan el amor y la veneración a sus libros:

*“Cada vez que subo al escabel para buscar un libro, temo perder la cabeza... mi espíritu flaquea y pienso, a veces, que todos estos libros, a los que he incubado largamente, me esconden sus secretos. Me parecen que ellos también tienen frío... sus hojas cual las de los árboles, se hacen amarillas y quebradizas. ¿No piensas que un día van a volar hechos polvo, y que me van a dejar aquí solo, o bien, que yo los voy a dejar solos convirtiéndome en polvo?”.*

Y Alfonso Reyes se convirtió en polvo y sus libros emprenden nuevo viaje. Pero no estarán solos, manos juveniles de estudiantes inquietos sabrán aprovechar las enseñanzas que sus páginas les ofrecen; hombres inteligentes de todo el mundo y de nuestra Universidad tendrán disponibles los instrumentos necesarios para sus investigaciones. Y no pasarán frío, porque serán abrigados por un lugar confortable y sus hojas no se harán polvo, porque recibirán el cuidado amoroso de gentes que saben su valor y el cariño que les tuvo su dueño.

Y dijo más:

*“Cuida de mi biblioteca para que mis libros y mis manuscritos no se dispersen. Mi voluntad es dejar todo esto a mi México querido, al mundo... Y saber que lo que he construído con amoroso esfuerzo no se pierda ni quede envuelto en indiferencia, telarañas y polvo”.*

Cuánta ternura y angustia revelan estas frases. Cuánta preocupación de un hombre por saber si el amor de su vida seguirá siendo cultivado y dará frutos perennes.

Gran responsabilidad para nuestra Universidad el convertirse en depositaria de este cúmulo de conocimientos. Aceptamos la obligación y confiamos en la calidad de quienes han de ser sus guardianes.

Invitamos, pues, a los estudiantes de Nuevo León y del mundo, a disponer de este maravilloso acervo bibliográfico. Ponemos en sus manos los instrumentos para estudiar a Alfonso Reyes y su obra.

Esta edición es sólo el arranque de una serie que orientará a quienes concurren a la Capilla Alfonsina en busca de apoyo a sus estudios o por el simple deleite de fortalecer su espíritu con la lectura.

Porfirio Tamez Solís.

## EL LIBRO

Porque el libro es a la vez compañía del individuo y orientación del grupo, y presta igual servicio para enriquecer la soledad y la sociedad. El libro es, en todos sentidos, efecto de integración. En él opera el hombre total, desde la mano hasta el espíritu, y en ningún otro producto artístico se aprecia de modo más inmediato la colaboración de todos los recursos y todos los órdenes sociales, obrero, industrial, comerciante, escritor, autor y lector, el que da como el que recibe. El libro tiene un cuerpo y un alma en cuyo consorcio se funden las actividades teóricas y prácticas. Por cuanto el cuerpo y como producto material, merece aquella vigilancia amorosa sin la cual las civilizaciones se deshacen rápidamente en la barbarie. Por cuanto al alma, no ha de considerársele ligeramente como un asunto aparte de la vida, sino como la flor de la vida. El hombre pone en sus libros lo mejor de sí mismo, lo que quiere presentar de sí mismo a la estimación y a la fama y perpetuar después en especie de posteridad. Cuanto constituye nuestro patrimonio como habitantes de la tierra, cuanto sabemos del mundo y cuanto deseamos del mundo queda en libros. Si la memoria es hilo del ser, y sólo ella da unidad a la sarta de vivencias dispersas, la letra es archivo de la memoria. Sin la letra no puede haber cabal conciencia humana, sino sólo atisbos, rudimentos, larvas de humanidad. Si fuera posible analizar los depósitos de letra escrita que, por vía directa o indirecta, han venido a acumularse en nuestra mente y en nuestra sensibilidad, nos asombraríamos de ver hasta que punto, de modo consciente o inconsciente, los hombres estamos, hoy por hoy, tramados en la sustancia de los libros. No hay acción ni reacción humana, por humildes que sean, que no hayan dejado rastro en los libros. Y, en muchos casos, muchísimos más que

los que al pronto se juzgaría, tales respuestas humanas, por espontáneas que parezcan, han sido dictadas por el acarreo de la palabra escrita. No hay latido, no hay parpadeo que no se resuelvan a la postre en tema literario, cuya historia bibliográfica siempre pudiera ser trazada en principio. Una junta de libros como la que ahora se ofrece es el saldo y registro de las acciones y reacciones de un pueblo, colección de sus ideales y repertorio de su experiencia, a un tiempo confesión y programa, retrato de lo que somos y de lo que deseamos ser, y, en suma, propia integración de nuestra conciencia colectiva.

#### CATEGORIA DE LA LECTURA

Verdad amarga que el deleite de leer, cuando no hay verdadero amor, disminuye conforme sube la categoría de los lectores. Veamos:

1.- Abajo está el sencillo pueblo. La lectura se le vuelve vida. El caballero encontró a la dama y a sus sirvientes llorando porque "Hase muerto Amadís". En horas robadas, el hombre humilde lee con fruición y se queda con la substancia, con el asunto y con las mejores palabras: nada más. Puesto a la prueba del recuerdo, sólo ha conservado las esencias. El no sabe el nombre del libro ni el nombre del autor, caso típico de la impresión humana que aún no llega a la literatura "¿Has leído —dice— la historia de un paladín a quien se le moría el caballo todos los martes?" ¿Y hay nada más conmovedor que los campesinos iletrados que rodean en religioso silencio al lector del pueblo? ¿Ni templo más noble de la lectura que aquellos talleres donde el hombre lee para cuarenta, mientras estos, calladamente, plasman las vitolas del tabaco?

2.- Aquí aparece el lector de medio pelo, creación

paradójica de la enseñanza primaria, cursada obligatoriamente y de mala gana. Ese ya recuerda los títulos de los libros, y aquí comienza a enturbiarse el gusto. A esta clase pertenecen los que andan por los museos viendo, no los cuadros, sino los letreros de los cuadros, cuya impresión llegué a anhelar. A este lector se le han olvidado las peripecias; conserva los nombres, sustituye la posesión por el signo. He leído algo que llama *Las dos ciudades* o *Las minas del Rey Salomón*; y a lo sumo, en su memoria, marca una cruz para indicar lo que le gustó, y una raya para lo que no logró interesarle.

3.- Ahora, el semiculto, el pedante con lecturas, el anfibio, el del "complejo de inferioridad", el más atroz enemigo del prójimo, el que "pudo haber sido y no fue", el resentido. Ese se acuerda de autores, no de libros. El ha leído "un Ferrero" muy interesante y —¡claro! "un Croce" que no lo era tanto. Y que no le hablen a él de Gide donde está Henri Béraud, de Juan Ramón donde está Villaespesa. A veces, el cronista profesional se recluta entre esta laya, mediante un leve proceso de especialización. Veinte repúblicas hermanas descargan todos los días sobre la plaza del cuitado sus mareas de tinta fresca. Las torres de libros por reseñar llegan hasta el techo. De repente, entra el aficionado, radiante los ojos, con un librito que le entusiasma y que, en su candor, se empeña en prestarle a su amigo el cronista, para que éste también pase un buen rato. Y el cronista, lo mira con un rabioso disimulo de eunuco, condenado a pasar la vida entre hembras que no disfruta.

4.- Y al último viene el mal bibliófilo, flor de las culturas manidas; el que sólo aprecia ya en los libros el nombre del editor, la fecha de la impresión, la justificación, el colofón, los datos de la tirada, el formato, la pasta y sus hierros, el ex-libris, la clase



de papel, la familia de tipos, etc. O acaso sabe el muy pícaro que la edición fue detenida a los tantos ejemplares para corregir una chistosa errata; y entonces hay que desvivirse en busca de un ejemplar con la errata que es el bueno. Y por cierto que anda por ahí una Biblia donde al impresor se le escapó una mayúscula adornada con una Leda, palpitante entre las alas del cisne. ¿Qué decía la Biblia en aquel pasaje? Eso no lo hemos leído ni nos importa: lo que nos importa es la mayúscula. Al menos, hay que convenir en que esta clase de maniáticos se salva por su encantadora atención para la materia del libro, pues sin el amor de los objetos se cae prontamente en la barbarie. Gide ha confesado que lo estorbaban para estudiar las ediciones hermosas. Y ya que vemos en qué paró: se deshizo un día de sus libros, sin que nada pueda persuadirlos a que lo empujaba la necesidad. No: era la aversión a las cosas placenteras, era la horrible "puerta estrecha".

Caso singular el de los apresurados que, con serlo, parecen poseer facultades excepcionales de asimilación. Van sobre el libro a las volandas y, sin embargo, no puede negarse que lo lean a fondo. Así Southey, así Napoleón en Santa Elena. De Macaulay se dijo que absorbía los libros por la piel. La leyenda llegó a creer que Menéndez y Pelayo se quedaba con el contenido de una página de un solo vistazo y hasta pasándole los dedos encima. Sterne se indigna contra estos tragones. Charles Lamb aun quiere una oración de gracias y una gradual preparación de ánimo antes de cada lectura. El Dr. Johnson decía que todo lo había leído apresuradamente en su juventud. Boswell piensa que todo lo rumió después lentamente a lo largo de los años. Y hay otros que, por obligación o por gusto, abren a la vez una novela, un periódico, un tratado de química, un ensayo

filosófico, una revista de modas, al tiempo que califican varios ejercicios escolares.

A veces se me ocurre que, sin cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados. Disraeli (Miscelánea) ha puesto el dedo en el misterio cuando llama al libro de Montaigne "breviario de los ociosos". Ahora bien, entregarse a la receptividad absoluta, para no ahuyentar a la Eurídice que duerme entre las páginas, es, cosa difícil. El libro, como la sensitiva, cierra sus hojas al tacto impertinente. Hay que llegar hasta él sin ser sentido. Ejercicio, casi, de faquir. Hay que acallar previamente en nuestro espíritu todos los ruidos parásitos que traemos desde la calle, los negocios y afanes, y hasta el ansia excesiva de información literaria. Entonces, en el silencio, comienza a escucharse la voz del libro; medrosa acaso, pronta a desaparecer si se le solicita con cualquier apremio sospechoso. Por eso Sir Walter Raleigh pensaba que, en cada época, sólo hay dos o tres lectores verdaderos (Cartas I, 233).

Textos de ALFONSO REYES.